

# GEORGES SIMENON

"no soy un intelectual"

**H**E leído su último libro, «Cuando yo era viejo», y me pregunto qué le decidió a publicarlo. De hecho, usted insiste una y otra vez en que este «diario» estaba destinado a sus más íntimos solamente.

**Georges Simenon.**—No pensaba hacerlo, pero un día, un amigo al que había dejado el manuscrito para que lo leyera, me dijo: "Es el libro más importante que has escrito hasta ahora". Y se empeñó en que lo publicara.

—Y usted se lo envió a su editor consciente de que publicar este libro era mostrarse al desnudo ante el mundo.

**G. S.**—Me estaba cansando ya de tanta leyenda. Decidí poner los puntos sobre las íes. Por otro lado, parece ser que el público no se ha sorprendido demasiado. Hasta parece estarme agradecido por haber puesto por fin las cartas boca arriba.

—Que no se ha sorprendido, dice usted. ¿No cree que muchos de sus lectores habrán encontrado una grave contradicción entre el amor que dice profesar por la vida familiar y sus ideas sobre la sexualidad tal y como aparecen ilustradas por un episodio que tiene lugar durante un crucero?...

**G. S.**—Pero si la sexualidad, en su estado puro, puede existir perfectamente sin atentar en lo más mínimo a la vida familiar o a la unidad del matrimonio! Es algo que forma parte de nuestro ser más íntimo. Imposible teorizar al respecto. Sólo que yo pienso que una de las cosas que nos empujan a la sexualidad es esa búsqueda de la pureza ancestral, de la infancia de la humanidad. Creo que todo ese fal-

so pudor, esa vergüenza de todo lo relacionado con el sexo viene del cristianismo. Sin embargo, en los Evangelios, que conozco bastante bien, sólo se habla dos veces de sexualidad, y las dos veces Cristo lo hace con dulzura. No en vano María Magdalena fue a tenderle la mano.

—En su diario, usted no dice nada de las épocas que pasa escribiendo sus novelas.

**G. S.**—Bueno, es que cuando estoy escribiendo alguna novela no veo a nadie. No me ocurre nada.

—Dicen que cuando escribe novelas usted está en trance.

**G. S.**—Esa palabra, "trance", es un poco fuerte, pero es verdad que trabajo de un modo un tanto inconsciente. Soy un intuitivo, no un intelectual. Prefiero no saber cómo están hechas mis novelas.

—Sin embargo, sabe que son muy leídas. ¿Le satisface?

**G. S.**—Me gusta que la gente me comprenda.

—¿Le preocupa la «incomunicabilidad»?

**G. S.**—Es una enfermedad que afecta sensiblemente a muchas personas y que lleva a algunas a cometer actos desesperados.

—Se dice que la culpa la tiene el lenguaje.

**G. S.**—No creo que haya mucha verdad en esa afirmación. ¿Cuántas palabras cree usted que utiliza la gente normalmente? Mil. Racine no emplea más. Sin que pretenda compararme con él, yo también trato de utilizar aquellas palabras que tienen generalmente la misma resonancia para todo el mundo.

—¿Obedece a esto la simplificación (hay quien habla de abandono) que puede observarse en sus últimos libros?

**G. S.**—Sí, es premeditado. Quiero expresar la vida con casi nada... Unas pocas manchas de color. He conocido a muchos pintores. Creo que van por delante de nosotros. Miró, Klee, Mondrian se han adelantado en más de treinta años a la nueva novela. Yo mismo me considero una especie de postimpresionista.

—Usted suscribiría entonces la frase de Braque: «Mi cuadro está cubierto por ese polvo blanco que es el lienzo. Sólo tengo que desempolvarlo».

**G. S.**—Exactamente. Ocurre lo mismo con una novela.

—Usted no es en todo caso más que una especie de «medium».

**G. S.**—En cuanto encuentro un punto de arranque, ya no soy nada.

—¿Qué renuncia! ¿Practica usted las místicas del Lejano Oriente?

**G. S.**—No leo literatura asiática por temor precisamente a la influencia de aquellas ideas. Pero creo que vendrá un día en que volveremos a encontrar las ja-

## SIMENON - MAIGRET

Probablemente, el nombre del inspector Maigret es más popular en el mundo que el de su creador, Georges Simenon. Muchas personas le suponen real, y frecuentemente llegan cartas a nombre de Maigret a la oficina de la Policía Judicial del Quai des Orfèvres, de París. Las investigaciones de Maigret están descritas en unas ochenta novelas, que no son más que una parte de los 250 volúmenes que comprenden hasta este momento las obras completas de Georges Simenon, el novelista más fecundo de lengua francesa. De lengua francesa y no, como se suele creer, francés, sino belga: nació en Lieja el 13 de febrero de 1902 y es miembro de la Real Academia de Bélgica. Pero vive en París desde los dieciocho años; ha pasado varios en los Estados Unidos y tiene ahora su residencia principal en Lausana (Suiza). Al principio escribió novelas cortas y folletines en el periódico "Le Matin"; tuvieron tanto éxito que para que sus lectores le conociesen bien, el periódico instaló una cabina de cristal en el zaguán de su inmueble para que Simenon escribiese a la vista del público. Simenon tiene una prodigiosa facilidad para escribir. Su primera novela popular, "Le roman d'une dactylo", fue escrita en una sola mañana en la terraza de

un café. Los relatos de Maigret los inició por encargo —de Joseph Kessel— en el semanario "Detective". Al revés que algunos escritores, que cuando entran en el terreno de la literatura popular buscan un seudónimo, Simenon ha utilizado seudónimos para intentar libros de un género "superior"; se le conocen veintitún nombres supuestos. Pero la verdadera superioridad literaria está precisamente en su género. Gide dijo de él que representaba una paradoja viviente, puesto que es un autor popular que no escribe para el gran público, sino "a los delicados". La mayor parte de los grandes escritores franceses —Mauriac, Celine, Cocteau— y de los críticos le consideran como a un clásico. El mismo se ha planteado su obra en los términos que describe así: "Descubrí a Dostoyevski, Gogol y Puchkin antes de conocer a Balzac y a Stendhal. Después descubrí a Dickens, Stevenson y, finalmente, a Conrad. Lo que más me interesó de esos escritores es su capacidad de escribir para un público muy amplio sin hacer concesiones". El mismo lo ha conseguido. Cada novela de Simenon tiene inmediatamente una tirada de cientos de miles de ejemplares en Francia y se traduce casi simultáneamente a todos los idiomas del mundo. ■ P. B.